Al llegar aquí es necesario, para mejor inteligencia de esta historia, decir de qué personas se componía la familia del duque, entre la cual vivía Cirilo.

Habíase casado el gran señor en primeras nupcias con una dama de la más calificada nobleza, poseedora de varios títulos y dueña de fincas y rentas pingües, que constituían uno de los mejores y más saneados caudales de España. Falleció esta señora á los pocos años de matrimonio, dejando á su esposo en prenda de su unión, dos niños y una niña. Al mayor de los niños, lindo y robusto, se lo llevó al cielo la difteria; quedó el segundo, Fernán, todo retuerto y canijo, y la niña, Leonela, que, aunque pálida, desmedrada y sujeta á frecuentes ataques nerviosos, tenía mil adoradores que acudían tormando enjambre, como moscas á la miel, porque era muy verosímil que, dada la mala salud y la vida licenciosa y calaveresca

de su hermano, en la cabeza de la señorita Leonela llegasen á reunirse los bienes, títulos

y grandezas de la egregia casa.

No encontrando el duque gran entretenimiento ni eficaz consuelo en la paternidad, solazó su viudez con diversas aventuras más ó menos secretas, hasta que clavó la rueda de su voluntad una mujer seductora, una de esas mujeres que al cruzar serenas y desdeñosas por entre la multitud, gozan el privilegio de alzar un rumor lisonjero, himno de loores que entonan á su belleza cuantos tienen la dicha de admirarla. La nueva duquesa de Ambas Castillas era oriunda de Valencia y recriada en Córdoba, y aliaba á la hermosura plástica la gracia divina propia de los países de luz. Morena y alta sin desgarbo, sus ojos negros, sus acentuadas facciones y sus labios curvos y turgentes recordaban la raza semítica, de la cual tal vez corrían por sus venas gotas de sangre. De la majestad de su cuerpo, de la forma tornátil de su cuello y brazos, de la atracción de su sonrisa, de otras mil perfecciones que podrían detallarse en la duquesa, nada contaré por no extender demasiadamente este tentador capítulo. Sólo añadiré, pues conviene para buena inteligencia del lector, que la duquesa era de familia acomodada y noble, aunque no tanto, ni mucho menos, como la del duque. Este, al casarse, no había incurrido propiamente en lo que se dice mesalianza, pero, sin descender de un modo censurable, había hecho una boda de gusto y amor. La duquesa poseía hasta tres ó cuatro mil duros de renta que el generoso marido la dejaba para alfileres menudos, sin contar otros alfileres de cabeza más gorda, que pagaba él contentísimo. Además, el duque tenía en su casa, como á cosa propia, á una hermana soltera de la marquesa. La tal hermana soltera, que jamás se apartaba de los duques, distaba mucho de poseer la espléndida beldad de la duquesa, y no obstante se parecían, en la estatura, el andar, y en ese indefinible no sé qué conocido por aire de familia. Llamábase Fina, y el nombre la cuadraba perfectamente, pues era suave y delicada en su trato, y de

simpático y dulce carácter.

Entreteníase Cirilo en mirarse disimuladamente al espejo colocado sobre la chimenea, para enterarse de cómo le sentaba la nueva ropa y cerciorarse de que le caía como un guante, cuando fueron entrando en el saloncito que precedía al comedor las personas cuyo inventario queda hecho, amén de una institutriz alemana muy seria y de muchas libras. Primero bajó el duque, deseoso de quitar á su secretario la natural cortedad, de presentarle á todos y de colocarle desde el primer día en el pie de imperceptible y dorada dependencia que le corrrespondia allí, Hablóle con familiaridad y llaneza, pero en aquella misma llaneza de gran señor, notó perfectamente Cirilo el matiz de la relación que debía mediar entre ellos, y como discreto y altivo suprimió el usted, y mientras el duque le llamaba Hinojales, él se guardó muy bien de emplear otra fórmula que el señor

duque. No ha de negarse que le causó esto alguna mortificación, pero supo disimularla.-Poco después que el duque apareció la señorita Fina, vestida con modestia, de seda gris, y sonriente y afable como de costumbre. Luego se dejó ver Leonela, que, ataviada con original coquetería y peinada con artístico refinamiento, realzaba los pocos atractivos que le había prodigado la naturaleza, y los realzaría mejor si no viniese, no se sabe por qué, fosca, de mal humor y encapotada. Detrás de Leonela no tardó en presentarse la duquesa, de blanco, con una sierpe de diamantes en el pelo, hecha un sol de buena moza, tanto que desde su aparición, parecía mejor alumbrada la estancia. Todas las señoras estaban escotadas, dispuestas á concluir la noche en el Real; y al dar el reloj las ocho y media sin que Fernán apareciese, el duque dispuso que se sirviese la comida, porque el ciso era frecuentísimo y muchas las veces que el señorito comía en el Casino, en el Club ó Dios sabe dónde.

En ese momento de silencio que generalmente acompaña á la operación de trasegar la sopa del plato al estómago, Cirilo, mirando á hurtadillas á su alrededor, tuvo tiempo de pensar mil y mil cosas que de súbito le cortaron el apetito. Sentado al lado de la señorita Leonela y casi frente á la duquesa de Ambas Castillas,—sin vacilar un instante, sin que le contuviese ningún género de consideración ni se le apareciesen de relieve los obstáculos que podría encontrar un plan tan atrevido y loco,—con la pres-

teza del rayo decidió Cirilo que aquellas dos mujeres, las primeras que encontraba, tan altas, tan empingorotadas en la cumbre de la sociedad, tan bien ataviadas, y tan distantes de él que probablemente ni notaban su presencia, podían servir de base á dos de las arcadas que había visto soñando despierto. La duquesa, con su mágica y fascinadora beldad, representaba la arcada de mirto y rosas. Leonela, con su fabulosa riqueza y sus rancios y altaneros timbres, era la arcada de oro. Y en cuanto á la arcada de bronce y mármol, ó sea la que significa fama y gloria, en quién podría Cirilo basarla mejor que en el ilustre prócer que le dirigía la palabra en aquel momento, ó sea en el duque? El duque abriria á su yerno las puertas más cerradas é infranqueables; el duque empollaría y sacaría á luz su reputación; el duque le serviría de pedestal á él, á Cirilo Hinojales, y le daría el hilo conductor para orientarse al través de los laberintos de la política, hasta que pudiese recorrerlos por cuenta propia, dejándose á su mentor muy atrás... ¡Y ya tenemos á Cirilo viendo palpables las tres arcadas, tocándolas con mano ansiosa y febril! Tan persuadido se sintió de que, en efecto, los hermosos arcos estaban allí, en el florido centro de aquella mesa misma, que empezó á acongojarle y producirle como una especie de trasudor el pensamiento de que tal vez iban á ser incompatibles dos partes de su destino, pues si otorgaba su preferencia á la duquesa, se celaría y enojaría mucho Leonela, y si optaba resueltamente por Leonela, la duquesa se había de sentir y hasta oponerse á la boda con todas sus fuerzas y su poderoso influjo. Y esto de la oposición de la duquesa consternó à Cirilo tanto, que estuvo á punto de creer fallidas sus esperanzas, por ser el obstáculo formidable. Con semejante incertidumbre v zozobra volvió á mirar y remirar á las dos damas, á fin de resolver allá en sus adentros cuál de ellas era más merecedora de que se cifrase en ella el porvenir. En semejante examen visual, no cabe duda que habían de estar por la duquesa todas las probabilidades de victoria. Era la primera vez que Cirilo-que, como sabemos, había vivido ignorante de las pasiones y apartado del trato con mujeres,veia tan de cerca á una, adornada con todas las perfecciones y gracias y capaz de trastornar el seso á un anacoreta penitente. Contemplando de soslayo á la duquesa, Cirilo sentía que por sus venas circulaba derretida y candente lava volcánica, y veía en el espacio lucecitas de colores y sentía el zumbido en los oídos que caracteriza el paroxismo del deseo. La sola idea de merecer-ó disfrutarlos sin haberlos merecido-los favores de aquella deidad, estremecía á Cirilo con toda la fuerza emotiva propia de los veinticuatro años, transportándole á regiones que se parecen mucho al paraíso. Como el marino que mira desde lejos la isla donde pronto sentará el pie, y se recrea en su verdor y feracidad, y ya cree aspirar el perfume de las flores y la deliciosa esencia de los sazonados frutos que penden de los árboles, Cirilo detallaba de antemano las divinas perfecciones que custodiaba el blanco corpiño, y se abismaba en la luz voluptuosa de los árabes ojos y en la sonrisa de la boca fresca como la flor del granado. Todo esto era, ¡quién lo duda! un trasunto del cielo; pero también es fuerza confesar que otras veces las ventajas de Leonela, aunque no encarnadas en algo tangible, se representaban con extraordinaria viveza á la fantasía de Cirilo. Juraría él que tenía presentes las dehesas, los olivares, los majuelos, las casas, los valores y títulos, y, en suma, todas las formas de propiedad que constituían la magnífica fortuna de la casa de Ambas Castillas; y además-suprimiendo con riguroso decreto al Fernán que no se había dejado ver-también divisaba coronas heráldicas, muchos blasones hermoseados por el polvo de los siglos, y una gran consideración, que Cirilo hacía extensiva hasta à sus padres. Por no tacharse á sí mismo de interesado y de coburgo, pensaba el bueno de Cirilo que en todos sus planes de engrandecimiento y triunfo social entraba por mucho el lícito y honesto afán de compensar los sacrificios de los que le engendraron y otorgarles una vejez llena de dulces satisfacciones.

POR E. PARDO BAZÁN

Cuando se engolfaba y abstraía en estos ensueños áureos, no sabiendo si decidirse por la duquesa ó por Leonela, ocurrió algo que momentáneamente inclinó la balanza del lado de esta última. Y fué que la señorita, que, como dijimos, parecía estar de muy mal talante y hasta colérica cuando se presentó á comer, y que

ni siguiera había mirado á la cara al secretario de su papá cuando se lo presentaron, de repente y como por casualidad convirtió los ojos á él, hacia la mitad de la comida, y no menos impensadamente empezó á dirigirle la palabra con vivacidad y empeño. Cambio tan repentino en la señorita fué la gota de agua que hizo desbordarse las ambiciosas ilusiones de Cirilo. «Me ha mirado — pensaba — y con solo mirarme, ya está esta niña como electrizada, sin acertar á disimular la impresión que la produje.» Sin fatuidad alguna, bien podía Cirilo tenerse por guapo y buen mozo: acababa de decírselo el espejo en que se había contemplado con sus arreos nuevos, bien cortados, y su pechera blanquísima; así es que ni un punto dudó de que hubiese dado recto y mortal flechazo á la senorita Leonela, y que eran ciertos los toros de la boda, el ducado y todo lo demás. Lo que le desasosegaba mucho era que la señorita se derritiese tan de repente y tanto, en presencia de su padre y de su madrastra, que por fuerza habían de hacer á la boda una oposición terrible. A cada coquetería de Leonela, á cada palabrilla dicha con tono entre despótico é insinuante para llamar la atención del secretario, Cirilo miraba de reojo á los duques, sorprendiéndose de no advertir en ellos ni la menor señal de desagrado ó de alarma. Subió de punto la sorpresa de Cirilo, cuando, habiéndose empeñado Leonela en que las acompañase al Real aquella noche, el duque alabó la idea, apadrinó el proyecto en seguida, y sólo se le ocurrió el siguiente comentario: «Va V. á oir á Tamagno en una de las cosas que mejor canta. No he visto Otelo más admirable.»

Al Real se fueron, en efecto, después de saboreado muy tranquilamente el café. Apenas se instalaron en el palco, comenzó el desfile de visitas y la ceremonia de las presentaciones. De aquellos señorones y caballeritos á quienes Cirilo era presentado, unos le dirigían la palabra con interés y cortesía, y otros sólo le concedían una ojeada desdeñosa. Pocos le alargaban la mano, y algunos, después de hacerle una cortesía insolente de puro ceremoniosa, le volvían la espalda y se ponían á hablar por lo bajo con el duque, ó á reir y bromear con las señoras. Sin embargo, Leonela no le desamparaba: y al entrar en el palco un señorito en extremo elegantón y perfilado, con venera roja en el frac, de mezquina facha y desparpajo sumo,por la presentación supo Cirilo que era el marqués de Altacruz,-Leonela, en vez de atender á tan distinguido y notable galán, consagró más que nunca sus atenciones al secretario, y se puso á cuchichearle casi al oído, celebrando el palique como si fuese muy importante y donoso. Y el engreidísimo Cirilo notó con inexplicable júbilo que al señor marqués parecía saberle, como quien dice, á cuerno quemado la tal ma-UNIVERSIONO DE NUEVO LEGA 818LIOTECA UNIVERCITARIA niobra. Dos ó tres veces intentó intervenir en la plática, y otras tantas Leonela le soltó una zarpadita ó arañazo muy mono, que le obligó á retroceder. Cirilo estaba embriagado de vanidad y su embriaguez procedía, no sólo de los mi-

33693

"M.FOMSO P. P.LS" Node Jes Honterry Moto millos y atenciones de la hija del duque,—que le entregaba su abanico, le ofrecía una flor para el ojal, le convidaba á probar los bombones de un saquito de raso, y le tenía materialmente sujeto—sino de cierto suave y peculiar perfume que exhalaban el pelo y la ropa de la duquesa, y que ya había respirado en el coche. También se le subían á la cabeza las luces del teatro, la concurrencia esplendorosa y el arrullo de la música, himno consagrado á su triunfo y á los incomparables destinos que le aguardaban.

Al retirarse á su habitación, al mirarse á su armario de luna, al desabrocharse el blanco chaleco, decía Cirilo enloquecido y extático:

-Pues, señor... jesto va viento en popal

motivo para no continuar alimentando las mismas ilusiones. El duque le trataba con extremada afabilidad, demostrando especial empeño en no hacerle sentir la dependencia de ningún modo humillante, y en enterarle de muchas cosas que conviene que sepa un joven si ha de abrirse camino en el mundo; y la señorita Leonela, si por momentos le torcía el gesto, parecía querer mortificarle y hasta le administraba algún arañacillo gatuno, seguía teniendo horas en que, girando la veleta, se mostraba tan pegajosa, tan zalamera y tan insinuante, que no se requería gran fatuidad para creer que en su corazón había abierto brecha el joven, discreto y apuesto secretario. Recobrado algo de la inevitable timidez de los primercs momentos,

Cirilo empezaba á terciar sin cortedad ni empacho en las conversaciones, precaviéndose contra la indiscreción y el entrometimiento, pero sabiendo demostrar un aplomo que él

Corrieron algunos días sin que Cirilo hallase